

dualismo que ignora a la sociedad o un comunismo que ignora al hombre». Ya en su primer libro de ensayos, *Uno y el universo* (9) declaraba: «El socialismo, tal como ha sido expresado por sus teóricos... es un movimiento profundamente moral, destinado a enaltecer el hombre y a levantarlo del barro físico y espiritual en que ha estado sumido en todo el tiempo de su esclavitud. Es, quizá, la interpretación laica del cristianismo» (UU, 69).

En su segunda etapa de vida intelectual, caracterizada por un nuevo enfoque cualitativo en el pensamiento abstracto, Sábato persiguió su búsqueda en zonas cristalinas y frías de las ciencias exactas y las matemáticas, que él llamaría *la luz*. Buscando el orden en el tumulto y la calma y la serenidad del espíritu puro en el alboroto de la sociedad circundante, continuó su ascenso hacia lo absoluto, hacia el conocimiento de un universo perfecto. Alcanzó Sábato las cimas de la física (un doctorado en 1937) y adhirió a la lógica matemática que parece que siempre lo había apasionado (10).

El «vicioso» Sócrates y Platón soñaban con este «universo impecable» de la razón y la geometría. Y Sábato admite:

También él había intentado ese ascenso. Cada vez que había sentido el dolor, porque esa torre era invulnerable; cada vez que la basura ya era insoportable, porque esa torre era límpida; cada vez que la fugacidad del tiempo lo atormentaba, porque en aquel recinto reinaba la eternidad.

Encerrarse en la torre (A, 405).

Ascende a este universo incorruptible y sereno, al «topo uranos, el hermoso refugio», a «la suma perfección que sólo era dable escalar con los transparentes pero rígidos teoremas» (A, 405) y vuelve a París, enviado para hacer trabajos de investigación en el famoso laboratorio Curie. Pero ahí, en la cúspide de una segura y exitosa carrera, en ese universo platónico donde quería encontrar un orden que no tenía dentro, olvidar la precariedad de su cuerpo y la turbiedad de sus pasiones, reaparecen esos «demonios» de los «antros» de su ser. Bajo el peso específico de su personalidad inquisitiva retorna su crisis existencial y emerge su interés por el destino del mundo. Le atrae, sobre todo, el *surrealismo* que «se proponía abrir

---

(9) Edición definitiva, Barcelona, Seix Barral, 1981, abreviación: UU.

(10) En EF, pp. 9-10, afirma: «Desde que recuerdo, mi vocación fue artística: la pintura y la ficción. Sin embargo, en dos momentos cruciales de mi vida corrí hacia las matemáticas... Todavía ahora recuerdo el éxtasis que experimenté en la primera demostración de un teorema: todo el orden, toda la pureza, todo el rigor que faltaba en el mundo de adolescente, y que desesperadamente anhelaba, se me revelaba en ese orbe transparente de las formas geométricas.»

las compuertas del mundo secreto, del territorio prohibido» (A, 340); pasó, como Pascal, del esencialismo matemático al existencialismo:

Pero cuando comencé mis tareas con Irène Joliot comprendí de pronto que todo eso no era más que una complicadísima evasión, y en el fondo una cobarde salida a mis auténticos problemas interiores. Empecé a vincularme con los surrealistas, particularmente con Oscar Domínguez, y de este modo creo que se inició la etapa final (y más auténtica) de mi existencia. Supe entonces que mi paso por la ciencia había terminado para siempre (EF, 11).

Inició una vuelta enconada y decisiva, ya que esa falta de armonía entre sus «antros» y el ejercicio diario de «claridad científica» vino transformándose en conflicto, y concordamos con Angela Dellepiane (11) cuando nos asegura que el viraje total, el abandono de las ciencias físico-matemáticas, se efectuó años más tarde, en 1943, durante «una semana que Sábado pasó en el Observatorio de Bosque Alegre en plena serranía cordobesa», tras una polémica que él sostuvo con el director de dicho observatorio, profesor Gaviola, y el famoso físico Back. Coexistió en él, durante todos esos años, aquella dualidad a que alude al describir la personalidad de Leonardo da Vinci: «como científico, se servía de la luminosa razón; como artista, exploraba un universo que únicamente puede indagarse con la intuición poética, oscuro e inexplicable» (AR, 10).

Aun así, un buen físico siempre ha tenido una posición filosófica —buena o mala— y se equivocaba cuando «creía no hacer especulaciones filosóficas cuando medía un tiempo con un reloj; no obstante, se basaba en una hipótesis metafísica —el tiempo absoluto— que invalidaba todos sus resultados experimentales. Ignoraba que un reloj puede ser más peligroso que un tratado de metafísica» (UU, 122).

Ahora bien, el pensador Ernesto Sábato, científico y poeta, observaba por su telescopio, allá en la serranía, un universo que comenzaba a diferir del de los cálculos incorruptibles y esto, con toda seguridad, le habrá presentado un empalme en su itinerario espiritual. El maravilloso mundo celeste, medroso para el que embiste con los límites del conocimiento, presenta a la vez el mejor polígono de experimentos cerebrales inauditos y cambios radicales de visiones del mundo. El primer conflicto que surge ante los ojos atónitos de un astrónomo que investiga el infinito del cielo proviene del paralelo entre la teoría y

---

(11) Dellepiane, Angela B.: *Sábato: Un análisis de su narrativa*, Buenos Aires, Nova, 1970, p. 27.

la observación, la discordancia entre el mundo teórico, un mundo modelo, y, por otro lado, el mundo real. Sábato recuerda:

Las novae de su época del observatorio le volvieron a la mente, esas inexplicables explosiones siderales. Tenía su idea, la idea de un astrofísico enloquecido por las herejías (A, 404).

Las parejas científicas entre la teoría y la observación, aunque siempre cuantitativas, obligan a los científicos honestos a abandonar los antiguos paradigmas y a cambiar de modelos. Un semejante cambio de modelos, inclusive cuando parezca una locura para los contemporáneos inadvertidos, es, en fondo, el avance de la Ciencia. Copérnico abandonó el paradigma «la Tierra está en el centro del Universo» y creó un nuevo modelo de universo; tal cambio radical fue una verdadera revolución científica. Sábato descubre que:

En la ciencia hay un elemento eterno y otro mortal: el primero es el método, que consiste en observación cuidadosa y razonamiento impecable; la parte mortal es, en cambio, el conocimiento mismo. La teoría de Tolomeo fue superada por la de Copérnico, ésta por la de Einstein y la de Einstein ha de ser superada por otra más compleja. El desarrollo *del pensamiento* se hace a menudo a través de estas negociaciones dialécticas. Esta mortalidad del conocimiento es lo que hace tan cautelosos a los hombres de ciencia, que nunca son dogmáticos cuando son auténticos (UU, 44).

Para Ernesto Sábato, que no admite (tal como hemos visto anteriormente) lo real como una simple cosa cuantificable, el paralelo teoría-realidad obtuvo valor cualitativo, que puede parecer herejía. Cuando, hoy en día, un paradigma como «la velocidad de la luz no se puede superar» deja de ser una ley, mientras el movimiento de las galaxias desborda la imaginación y la aparición de fenómenos como los «hoyos negros» o los quasars están más allá del borde de la relatividad, el cambio de modelos que se requiere implica desde ya un extraño modo de pensar, una nueva filosofía.

Como era de esperar, al proseguir su pesquisa del conocimiento, Sábato cambió de modelo, para atisbar una realidad alucinante regida por leyes heréticas al pensamiento positivista. Así sucumbió su utópica exigencia de encontrar su absoluto en el universo abstracto de la razón, bajo la fuerza y presión del universo, real e irracional, que irrumpía de su interior. Bajó de la torre.

... porque el mundo no sólo estaba fuera, sino en lo más recóndito de su corazón, en sus vísceras e intestinos, en sus excrementos. Y tarde o temprano aquel universo incorruptible concluía